Cuadernos de SALAS DE LECTURA

El Efecto Imaginante

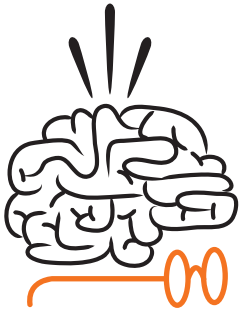
José Gordon

CONACULTA libros

Salas de Lectura
Programa Nacional

Salas de
Lectura
Programa Nacional

Cuadernos de
SALAS DE LECTURA



El Efecto Imaginante

José Gordon

Edición: Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
© José Gordon, por el texto
© Oldemar González, por las ilustraciones
D.R. © 2012 de la presente edición

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175
Cuauhtémoc, C.P. 06500
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Dirección General de Publicaciones.
ISBN: 978-607-516-091-7
Impreso y hecho en México

Cuadernos de
SALAS DE LECTURA

El Efecto Imaginante

José Gordon

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

CONSUELO SÁIZAR
Presidenta

ROBERTO VÁZQUEZ
Secretario Cultural y Artístico

RAÚL ARENZANA OLVERA
Secretario Ejecutivo

LAURA EMILIA PACHECO
Directora General de Publicaciones

SOCORRO VENEGAS
Directora General Adjunta de Fomento a la Lectura y el Libro

JULIO TRUJILLO
Director Editorial

ERICK JIMÉNEZ
Director Técnico de Fomento a la Lectura y el Libro

JESÚS HEREDIA
Coordinador Nacional del Programa Salas de Lectura

LUIS MANUEL AMADOR
Coordinador Nacional de Profesionalización

JOSÉ GORDON
Texto

SOFÍA ESCAMILLA
Diseño y formación

OLDEMAR GONZÁLEZ
Ilustración

ISBN de la Colección Cuadernos de Salas de Lectura:
978-607-455-789-3
ISBN del cuaderno 8: 978-607-516-091-7

Índice

9 Imaginar

15 Falta de imaginación

19 Creatividad

23 El silencio: un surtidor de ideas

27 Rupturas de percepción

33 Las neuronas espejo

39 Pensamiento colectivo y azar

45 Ojos bien abiertos: ficción y realidad

49 Lecturas imaginantes en el siglo XXI

53 El contagio de la imaginación

57 El Efecto Imaginante

61 Anexo. Para seguir imaginando

65 Bibliografía y referencias

67 Agradecimientos

Imaginar

El ensayista francés Gaston Bachelard decía que imaginar es ir más allá de las imágenes primeras. Esto implica que lo que vemos inicialmente se vuelve una caja que limita la percepción. No apreciamos frecuentemente este hecho porque las paredes de nuestra celda están hechas con infinidad de estampas: estrellas, árboles, montañas, lagunas, gatos y serpientes. Los muros de esta cárcel pueden ser el cielo, las formas humanas o los ojos de un avestruz. Debido a que estamos acostumbrados a esas paredes no nos damos cuenta de que estamos dentro de una caja.

Un interesante experimento, diseñado por Hubel y Wiesel, nos da un atisbo del condicionamiento perceptual. Los investigadores colocaron a tres grupos de gatos recién nacidos en entornos cuidadosamente controlados durante el periodo en que comenzaban a abrir los ojos. Éste es un momento muy crítico ya que los gatos nacen con los ojos cerrados y los nervios ópticos sin desarrollar. Parafraseando al poeta Antonio Machado: se hace mirada al mirar.

Para ver cómo sucedía este proceso, se colocó al primer grupo dentro de una caja con paredes blancas atravesadas por líneas horizontales de color negro; al segundo, en una caja blanca con líneas verticales negras; y al tercero, en una caja completamente blanca.

Los resultados fueron los siguientes: los gatos que nunca estuvieron expuestos a líneas verticales moldearon sus conexiones neuronales de tal suerte que se tropezaban con las patas de las sillas y las mesas. Para el otro grupo, lo que no existía eran las líneas horizontales. El de la caja blanca sufría desorientación, no podía relacionarse correctamente con ningún objeto.

Uno se queda con las preguntas: ¿hay algo que nosotros mismos dejamos de ver aunque podríamos percibirlo? ¿Qué es lo que nos ocultan las cajas en donde nos encierran nuestra educación y sociedad?

La realidad que apreciamos depende de la riqueza de estímulos y experiencias a las que nos sometemos. La educación, la cultura, los patrones de diseño del entorno natural moldean el cerebro y le permiten ver una fracción del mar de la realidad. Cuando miramos un árbol estamos sintonizando tan sólo un canal de la banda del radio que es el mundo. Hoy en día, los físicos estiman que nuestros sentidos eligen menos de un milmillonésimo de las ondas de energía y partículas que nos rodean. Esto quiere decir que muchos de los objetos fuera del cerebro no existen para nosotros, no porque sean irreales, sino más bien porque no hemos establecido las conexiones interneuronales para percibirlos.

En esta función es clave el papel del lenguaje. Nuestros mapas conceptuales filtran el territorio de lo real, subrayan una manera de ver y sentir el

mundo; el desarrollo de nuevas experiencias requiere la articulación de un lenguaje. Por ejemplo, en la cultura de los esquimales existen 10 formas distintas de nombrar lo que llamamos nieve, tales como "nieve en el suelo", "nieve en el aire", "nieve endurecida", "ráfaga de nieve", "nieve fundida" y "nieve gelificada".

Nuestros entornos de experiencia nos enseñan lo que se debe atender y lo que hay que discriminar. En este marco, las palabras son también una especie de cajas por medio de las cuales filtramos la realidad. Nos permiten entender el mundo pero se vuelven cárceles.

El novelista David Grossman cuenta que cuando su hijo dijo su primera palabra —luz— se sintió feliz al ver que su desarrollo era sano y normal. Se abría un nuevo mundo al poder nombrarlo. A la vez, Grossman sintió una ligera tristeza. Había algo que su hijo perdía. La palabra dejaba de nombrar las diferentes clases de luces: la luz que cae en una camisa, la que se filtra por una cortina, la que se demora en el cristal de un vaso. Dice Grossman: "Toda esa diversidad se coloca en una pequeña palabra, en una pequeña caja, y uno olvida todas las entidades de luz a las que se exponía antes de tener esa expresión".

El lenguaje se convierte en un amortiguador entre la realidad y la percepción. En el terreno afectivo, las palabras se manipulan para ocultar sentimientos, se vuelven máscaras, clichés que impiden la intimidad, la capacidad de captar matices. Esto dificulta a los niños la tarea de entender e interpretar el mundo. Grossman se ha adentrado en los problemas de la percepción infantil desde la perspectiva de algunos de sus personajes de novela: "Ser niño —dice— es una etapa muy frágil en nuestra vida. Todo el tiempo están en un esfuerzo constante por decodificar el mundo, por descifrar el lenguaje, la relación en la familia, las cosas correctas que hay que hacer o no hacer, por entender su cuerpo".

Cuando mi hija tenía dos años y medio, constaté este esfuerzo. Estaba sola, sentada en su carriola. Sin que se diera cuenta, vi que movía la palma de

su mano de un lado al otro. La miraba con atención y decía las palabras: "Hola… mano". Ella escuchaba mucho esa expresión coloquial y trataba de acomodar el sentido de esas palabras a su mundo: saludaba a su mano.

Grossman cuenta una anécdota que muestra los problemas que viven los niños cuando tratan de ajustar el lenguaje a su realidad:

> *Hace muchos años cuando acosté a mi hijo a dormir, le dije: "Esta es la noche más larga del año. Hoy es 21 de diciembre". Lo cubrí, le di el beso de las buenas noches.*
>
> *A la primera luz del día siguiente, irrumpió en nuestro cuarto, cubierto de sudor y en shock. Nos dijo: "Papá, mamá… ya se terminó. Esta noche ya se terminó".*

El hijo de Grossman vivió esa noche interminable sin saber qué quería decir. Un año después, cuando le contó a su hermano dos años menor que esa noche iba a ser la más larga del año, se lo dijo con un aire de indiferencia. Grossman dice que pudo sentir cómo su hijo había encontrado refugio en la experiencia empírica, y comenta: "No pude dejar de pensar que se había exiliado de sentimientos primordiales que se amortiguan con el escudo del conocimiento. Estoy seguro que mi hijo buscará esa noche primordial, esa que atravesamos en las leyendas y en los mitos".

Tal vez esa sea una de las funciones de la literatura: ser una caja que nos libera de otras cajas.

Falta de imaginación

Destruimos al otro cuando somos incapaces de imaginarlo.
Carlos Fuentes

La percepción limitada y el lenguaje superficial conducen a la alienación. El gran filósofo Eduardo Nicol decía que enajenarse es estar privado de la totalidad de nuestro ser. El escritor José Emilio Pacheco lo planteaba así en términos poéticos: "Confundimos la parte por el todo, el verdadero cuerpo está por dentro, invisible".

En vez de desarrollar todo nuestro potencial nos quedamos atados por nuestra pequeñez de ideas. El escritor César Aira ilustra este problema de una manera irónica en la novela *El mago*. En ella nos cuenta que en la ciudad de Panamá se lleva a cabo una convención de ilusionistas. Entre ellos se encuentra un mago argentino que tiene un secreto que ha ocultado por más de veinte años: es un mago de verdad. Podía mover a voluntad todas las leyes de la física: transformar a un pájaro en un gato y luego desvanecerlo en el aire, hacer que levitaran mesas, candelabros y sillas con todo y las personas que ahí estaban sentadas.

Mientras que sus colegas se valían de trucos, a él le salía la magia de manera natural. Nadie se daba cuenta de su poder porque era considerado un mago mediocre que sólo sabía imitar a los demás. Cuando por fin se decidió a dar a conocer al mundo que era un mago auténtico tuvo un grave problema. Carecía de imaginación. No se le ocurrió nada para encender la mirada del público.

Esto nos habla de la verdadera magia perdida: la distancia entre el potencial que tenemos y lo que somos capaces de imaginar.

Cuando vemos a otras personas desde la pequeñez y el miedo, limitamos nuestras posibilidades de comunicación. De nuevo, la literatura nos brinda un ejemplo de lo que quiere decir esta mirada fragmentada. En el libro *Ex-*

trañando a Kissinger, Etgar Keret nos ofrece un relato titulado "Gotas", que retrata el problema de la falta de imaginación.

El cuento nos habla de una mujer que escucha en la radio una noticia que la sorprende: "En Estados Unidos alguien inventó unas pastillas que hacen que no te sientas solo". La mujer le escribe una carta urgente a su hermana para que le compre un cargamento y se lo envíe inmediatamente por correo internacional. Después, le explica a su novio lo que oyó en la radio: "Las gotas te las echas en el oído y al cabo de veinte minutos dejas de sentirte solo. Actúan químicamente sobre no sé qué zona del cerebro". Para ella ésta es una gran solución, porque siempre está pensando que su novio le será infiel. Aunque él la ama con locura, ella le dice que en cuanto lleguen las gotas lo va a cortar, porque ya no le dará miedo estar sola. Las gotas de los oídos nunca le serán infieles.

Etgar Keret me dijo que este cuento se basa en una experiencia que tuvo con una novia que lo dejó por no soportar la idea de que algún día él la fuera a engañar. El fantasma del abandono crea por sí solo su propia realidad: la caja de los prejuicios, de la soledad y el miedo que nos encierra en un círculo vicioso en donde estamos atrapados por la ignorancia y el lenguaje del miedo. ¿Cómo escapar?

Gaston Bachelard nos da una clave: no hay acción imaginante sin la aparición de lo inesperado. Revisaremos algunas ideas que permiten saltar los límites del pensamiento.

Creatividad

En 1946, Federico Fellini conoció al guionista Tullio Pinelli. Juntos concibieron una película que nunca se filmó, pero que ilustra la imaginación desbordada que circula en la cultura italiana: un humilde empleado descubría que podía volar y saltaba por la ventana agitando los brazos. En medio de lo cotidiano se abrían estampas inesperadas que alteraban la conjugación del mundo: en la literatura de Italo Calvino, un niño que decide rebelarse contra las reglas del juego de su familia y de la sociedad promete nunca bajarse de un árbol. Sobre las ramas vive todas las aventuras de su vida, como podemos apreciar en el libro *El barón rampante*. La libertad de espíritu del arte italiano me dejaba con una sensación maravillosa que rompía los límites del mundo gris y cuadrado.

Es la misma libertad que puede aparecer en la mirada de otros niños. El doctor Marcelino Cereijido me contó la historia real de un pequeño que bien podría ser pariente del personaje de Calvino. Lo están obligando a sentarse:

—¡Que te sientes!
—¡No me siento!
—¡Siéntate!
—¡No me siento!

Finalmente, el niño se ve obligado a sentarse. Entonces levanta su mano y pide la palabra:

—Quiero decirles que por dentro sigo de pie.

La imaginación implica libertad interna, resistencia y creatividad crítica que no se conforma ante límites absurdos que se nos imponen. De hecho, puede ser clave en situaciones difíciles que retan nuestra misma supervivencia. Una vieja historia nos puede dar pautas para salir de una situación que parece imposible:

Un rey sádico había decidido matar a un súbdito pero le dice que, "en su infinita bondad", no tomará esa resolución. La responsabilidad recaerá en el súbdito. Le muestra un recipiente en donde hay dos papeles doblados: uno dice "Vida", otro dice "Muerte". El súbdito tiene que elegir. Gracias a la familiaridad que tiene con la literatura, sabe leer al rey como si fuera el personaje de un libro. Se da cuenta de que le ha puesto una trampa. En los dos papeles está escrita la palabra "Muerte". ¿Qué hacer? Luego viene el salto de la imaginación: elige un papel y se lo traga. Pide que abran el otro papel para que vean lo que él no eligió. Por supuesto, aparece la palabra "Muerte".

La creatividad abre salidas que parecían no existir. Ante la impotencia por los desastres que vivimos, ante la estrechez de miras, la inteligencia nos permite dimensionar los problemas. Esto es esencial porque llega un momento en que incluso mientras más

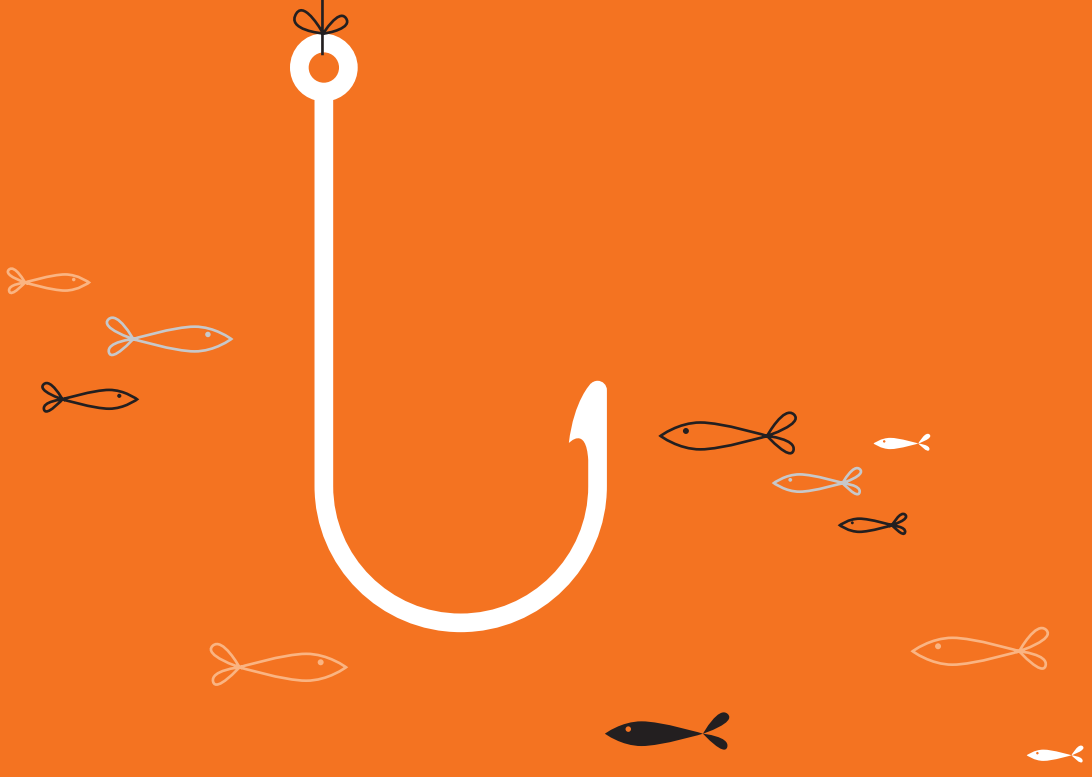
estudiamos, más nos damos cuenta de la desesperanza en la que estamos hundidos. Eso es lo que me planteó con tristeza mi hijo al cursar sus estudios universitarios. No hay salida, me dijo.

Entonces recordé unas palabras del Premio Nobel Mario Molina. Le conté a mi hijo que en una entrevista que recién había realizado con él, inicialmente era esa la perspectiva que se tenía en relación con el problema del calentamiento global. Tal parece que no hay forma de incidir en ese desastre. Sin embargo, al hablar del Efecto Mariposa (el aleteo de una mariposa puede desencadenar una tormenta), Molina planteó que los cambios relativamente pequeños en algún componente del sistema pueden tener consecuencias muy importantes.

El trabajo silencioso y persistente de la ciencia, los estudios económicos mejor documentados —como el de Nicholas Stern, del Reino Unido, y el de un grupo de investigadores del MIT (Instituto Tecnológico de Massachussets)— dimensionaron la situación. Coinciden en que el costo para generar estos cambios es del orden del dos o tres por ciento de la productividad global del planeta. Ésta es una cantidad de dinero enorme, dice Mario Molina, pero bastante menor de lo que cuestan los efectos de huracanes y sequías.

El problema es complejo, pero se puede resolver. Ya no pertenece al hoyo negro de lo imposible. La tarea de dimensionar, en cualquier ámbito, es una invitación a pensar lo que en la oscuridad es impensable.

El silencio: un surtidor de ideas



Para convocar la creatividad, una estrategia fundamental es conocer el silencio en donde flotan los pensamientos. Las ideas son como peces. Si sólo se quiere atrapar pequeñas ideas uno las puede encontrar en la superficie del agua, pero si se buscan grandes ideas hay que sumergirse hasta el fondo. Éste es el proceso que sigue el cineasta David Lynch para pescar las ideas que explora en su arte. En el libro *Atrapa el pez dorado* plantea que en el fondo de la conciencia, en los estratos más finos y silenciosos de la percepción, emergen las ideas más poderosas, puras y hermosas.

Se trata de una aventura que requiere tiempo y paciencia. El artista, como un pescador, espera el momento en que el pez atrapa el anzuelo. Una idea se entremezcla con otra, se traduce en palabras, en pinceladas, en escenas. Hay un juego de acción y reacción que materializa gradualmente el impulso inicial. Para David Lynch esta labor implica entrega: si uno está mirando el reloj porque tiene que salir a otra parte, se dificulta este proceso nombrado por algunos psicólogos como periodo de incubación. "La vida del arte —dice Lynch— necesita la libertad de tener tiempo para que sucedan bien las cosas. No siempre hay mucho tiempo para otras cosas."

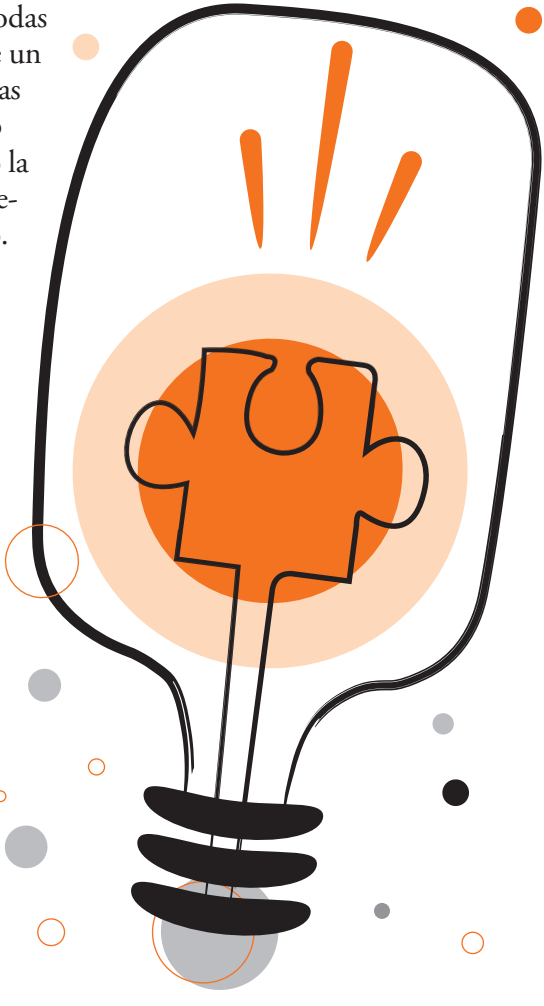
En el caso de Lynch, director de películas como *El hombre elefante*, *Terciopelo azul* o *Mulholland Drive* (traducida en México como *Sueños, misterios y secretos*), la vocación del arte comenzó con el mundo de la pintura. El azar y el silencio lo llevaron a una zona inesperada. Lo describe así:

> *Un día estaba sentado en un gran salón de estudio en la Academia de las Bellas Artes de Pennsylvania. El cuarto estaba dividido en pequeños cubículos. Me encontraba en mi cubículo; eran como las tres de la tarde. Estaba pintando un cuadro de un jardín por la noche. Tenía muchos colores negros con plantas verdes que emergían de la oscuridad. Repentinamente, estas plantas comenzaron a moverse. Escuché un viento. ¡No estaba tomando drogas! Recuerdo que pensé: ¡Esto es fantástico! Empecé a preguntarme si el cine podría ser una forma de hacer que las pinturas se movieran.*

Así, Lynch se internó en el arte cinematográfico. En la libertad del reposo, en lugares inesperados para convocar a las musas, mientras tomaba una leche malteada en un restaurante, pescaba ideas, se encendían imágenes.

El proceso comienza con una chispa. Lynch se divierte con la imagen que se suele tener de este momento en las tiras cómicas: se enciende un foco en la mente del personaje. Sucede en un instante, como en la vida.

Por supuesto, sería increíble que todas las ideas de una película vinieran de un solo golpe. No sucede así. Las ideas aparecen en fragmentos. El primero de ellos, escribe el cineasta, es como la Piedra Rosetta: es la pieza del rompecabezas que está en la base del resto.



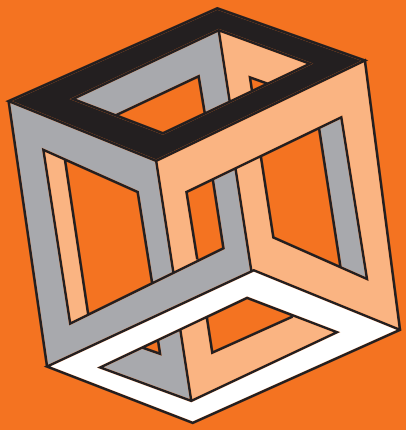
Los novelistas hablan de la existencia de ciertas imágenes o escenas que son disparadoras de la historia. Lynch desentraña las que convocaron la poética de la cinta *Terciopelo azul*: unos labios rojos, prados verdes y la canción "Blue Velvet" en la versión de Bobby Vinton. Luego vino la imagen de una oreja tirada en el campo. Lynch había atrapado el pez que lo llevaría a una memorable historia.

La clave en el mundo de Lynch es la fidelidad a sus visiones. Narra una anécdota que lo pinta de cuerpo entero:

> *Fui una vez al psiquiatra. Estaba haciendo algo que se había vuelto un esquema repetitivo en mi vida. Pensé: Bueno, tengo que ir a platicar con un psiquiatra. Cuando entré a su consultorio le pregunté: "¿Piensa que este proceso podría en alguna forma dañar mi creatividad?" Me dijo: "Mira, David, tengo que ser honesto: podría ser el caso". Le di la mano y me fui.*

Recuerdo un caso, reportado por el doctor Oliver Sacks, en el que un paciente que fue curado de sus migrañas también fue "curado" de sus extraordinarias habilidades matemáticas. Lynch no quería correr el riesgo de renunciar a una búsqueda en donde a veces se confunde una percepción refinada con una anormalidad. Como dice un antiguo proverbio de la India: "Cuando tengas una mosca en la nariz, quítate la mosca pero no te cortes la nariz". En las visiones de Lynch lo más disímbolo está vinculado. Lo que algunos consideran surrealista y extraño no es más que una zona en la que el artista ve las conexiones profundas de las ideas y las cosas, peces (focos) fosforescentes en aguas oscuras. Ideas e imágenes que se encuentran en ese lugar en donde los sueños y la realidad quedan atrapados en una campana de silencio. Se oye un viento que agita las imágenes. ¿De dónde viene?

Rupturas de percepción



Cuando Bachelard nos dice que tenemos que liberarnos de las imágenes primeras, también tenemos que liberarnos de los estereotipos que no nos dejan ver lo que realmente está pasando.

Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con un beso. En la novela *Rayuela*, Julio Cortázar retrata lo que es un beso más allá de los lugares comunes. Cuando nos besamos, dice Cortázar, experimentamos una percepción que por lo general no se registra en nuestra mente. Si mantenemos nuestros ojos abiertos cuando se besa a un ser querido, vamos a ver que estamos ante un beso cubista.

Esta es la descripción de Cortázar:

> *Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera, y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar* [...]
>
> *Me miras, de cerca me miras, cada vez más de cerca y entonces jugamos al cíclope, nos miramos cada vez más de cerca y los ojos se agrandan, se acercan entre sí, se superponen y los cíclopes se miran.*

En el momento del beso, lo único que vemos de la otra persona es un ojo. ¡Haga la prueba! Cuando la mente se libera de los límites de los "prejuicios", empezamos a ver la vida desde otras perspectivas.

Julio Cortázar cuenta que en 1952 presenció un extraño fenómeno en una sala de conciertos. Se encontraba en París en un homenaje a Igor Stravinsky. Se sentía conmovido al ver la figura del compositor tan admirado dirigir la orquesta. Otro creador notable, Jean Cocteau, recitaba unos textos en una de las obras ahí interpretadas.

En el entreacto los espectadores salieron a estirar las piernas, a tomar café. Cortázar no tenía ganas de abandonar el recinto. Se quedó completamente solo en el inmenso teatro. Entonces ocurrió algo sorprendente. Cortázar lo describe

así: “De golpe, tuve la sensación de que había en el aire personajes indefinibles, una especie de globos que yo veía de color verde, muy cómicos, muy divertidos y muy amigos, que andaban por ahí circulando. Inmediatamente supe que su nombre era cronopios”.

Así nacieron estos famosos personajes que luego tomaron un aspecto relativamente humano cuando se trasladaron a la escritura de Cortázar. Los cronopios representan, de acuerdo con el autor argentino, la conducta del poeta, del asocial, del hombre que vive al margen de las cosas. Aparecieron por primera vez flotando en el aire de una sala donde fluían la imaginación y la belleza.

¿Se trata de una alucinación? ¿Se puede “ver” lo que se “huele” o respira en una atmósfera determinada? Esto es lo que proponen las personas que experimentan un fenómeno llamado sinestesia. Este término plantea que en toda percepción existe una entremezcla de los diferentes sentidos. Cuando vemos el color amarillo en una pintura, en cierta forma lo estamos saboreando y tocando. Al oler la fragancia de un perfume, de cierta manera la estamos viendo y escuchando. Por lo general, uno de los sentidos tiene más subido el volumen en comparación con los otros. Sin embargo, hay personas que los tienen activados simultáneamente con la misma intensidad.

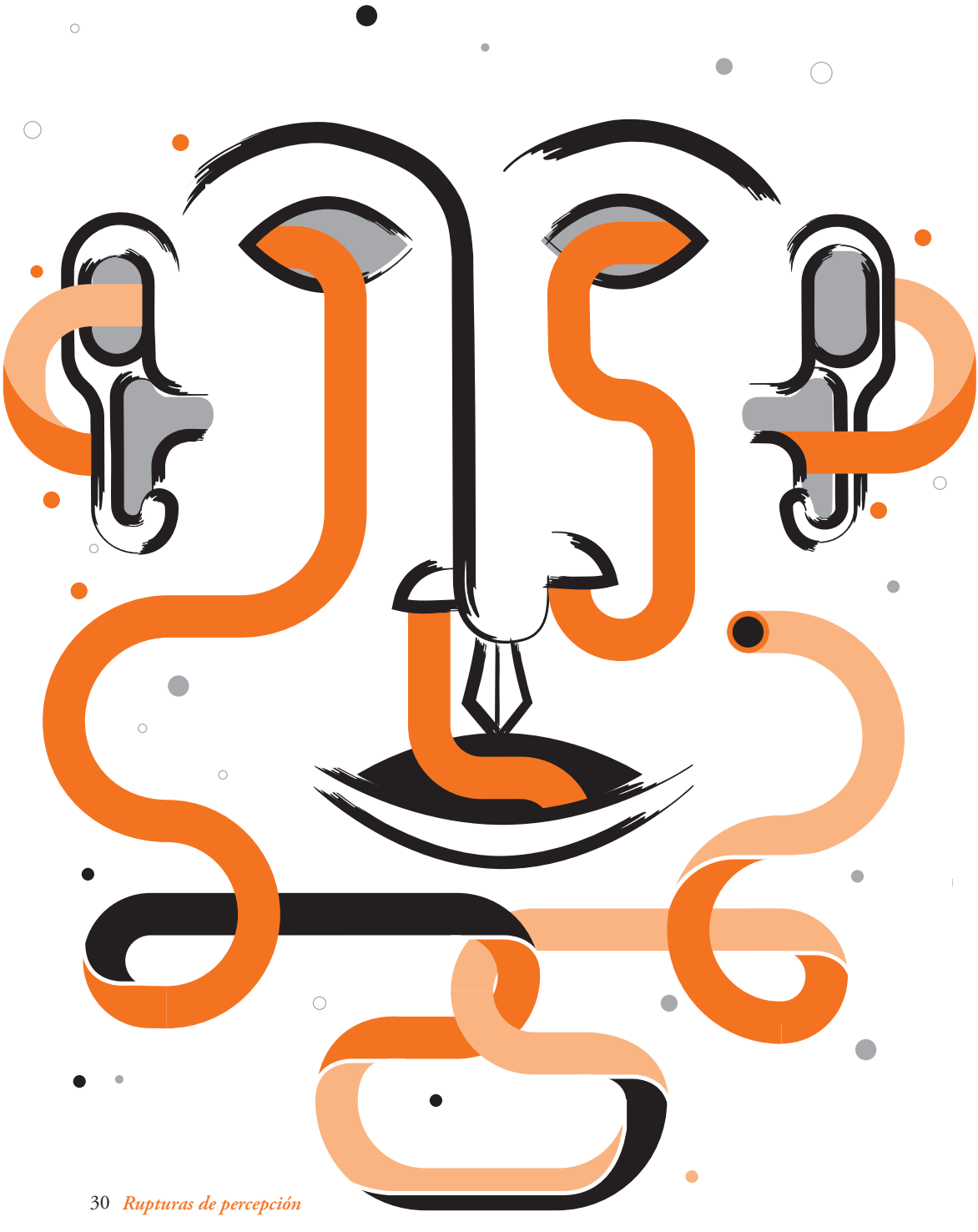
La primera vez que me expuse a esta posibilidad sucedió en un concierto. Una amiga me comentó:

—Me pasó algo muy extraño. No me lo vas a creer; es más, ni se lo cuentes a nadie. “Vi” la música.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Los sonidos tenían formas. Fue algo muy emocionante —y así, de lo más natural, cambió de tema.

Yo sabía de la sinestesia como un recurso literario. Rubén Darío hablaba de risas de oro. Uno de sus poemas se titula “Sinfonía en gris mayor”. Arthur



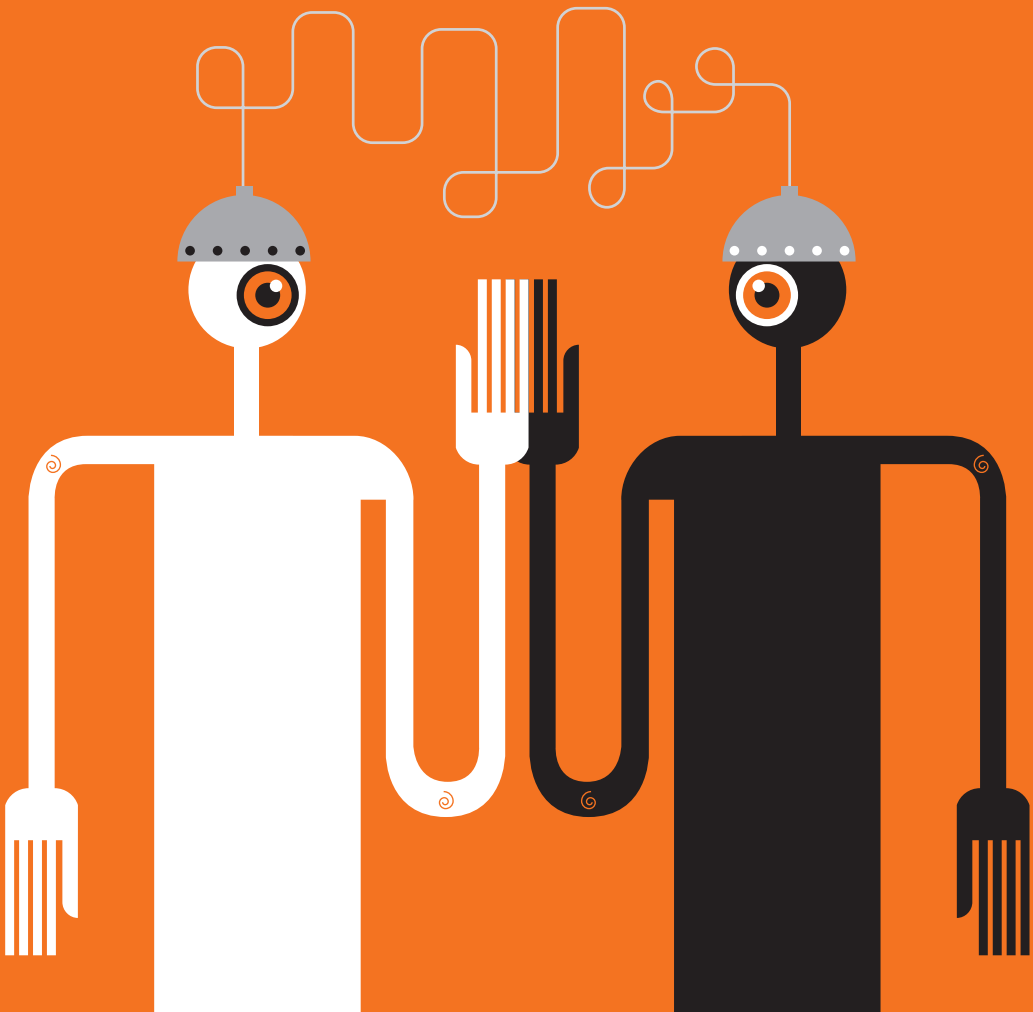
Rimbaud creó un soneto dedicado a las vocales, le asignó a cada una de ellas un color distinto. ¿Se puede oler el sol, escuchar el rojo o saborear la luz? ¿Son tan sólo metáforas?

De acuerdo con Simon Baron-Cohen, psicólogo de la Universidad de Cambridge, la experiencia bien podría ser real. El investigador estima que una de cada dos mil personas es sinestésica. No es raro que se sientan profundamente aisladas. La psicóloga Carol Crane tenía problemas al comunicar lo que vivía. De hecho, la experiencia que le ocurrió durante un concierto parece salida de un texto de Cortázar. Dice Crane: "Siento el sonido de las guitarras como un soplo en los tobillos. El piano me presiona en el pecho. El jazz me golpea por todas partes, como una lluvia".

Se dice que creadores como Baudelaire, Rimsky-Korsakov y Nabokov tenían la facultad de la sinestesia. Hay quienes consideran que los sinestésicos son una vanguardia espiritual de la humanidad. El pintor Kandinsky describe a este tipo de personas: "Son muy sensibles. Como los buenos violines, vibran en todas partes al contacto del arco". Él mismo cuenta que podía degustar los diferentes colores.

El neurofisiólogo ruso A.R. Luria refiere algunas de las posibilidades que abre esta percepción. Un sinestésico (que a estas alturas podríamos llamar cronopio) le contó que en una ocasión preguntó a una vendedora de helados sobre los diferentes sabores que tenía. Ella le contestó amablemente, pero de su boca —de su tono de voz— salió una pila de carbones. El helado ya no se le antojó. Tal vez en esta experiencia está la clave de los dibujos de ranas, ajos y serpientes que en las historietas acompañan las palabras de ciertos personajes. Otros tienen a su alrededor planetas y galaxias diminutas, peces fosforescentes. Es buen tema para un cuento en donde, entre otras estampas, podríamos ver lo que realmente sale de la boca de nuestros políticos y lo que flota en el aire de los grandes artistas y científicos imaginantes que rompen los límites usuales de los sentidos.

Las neuronas espejo



¿Cómo podemos imaginar lo que sucede en la mente de otra persona? El escritor de ciencia-ficción Roger Zelazny nos habla de un instrumento tecnológico que permitiría esta proeza. En la novela *El señor de los sueños*, Zelazny plantea que en el psicoanálisis del futuro el terapeuta y el paciente estarán conectados entre sí a través de una especie de cascos que permitan la transmisión directa de imágenes y pensamientos.

El paciente no puede mentir con la palabra ya que la imagen pasa directamente al cerebro del analista. Una mujer, asombrada por los resultados, le pide al doctor que le enseñe a ser analista. Él responde que eso es imposible ya que ella es invidente. Ante la insistencia, él se arriesga: le empieza a transmitir de cerebro a cerebro, más allá de los ojos ciegos, las formas geométricas elementales, la identificación de los colores. Pasa el tiempo, y ella aprende a ver la figura de un árbol, aparece la imagen de una pradera, el contorno de un lago. Él le pide que se asome al lago. Ella puede ver por primera vez su rostro reflejado en el espejo del agua.

En este hermoso relato, Zelazny nos describe de manera sutil un escenario que no requiere de aparatos tecnológicos sofisticados: tal vez los ojos de una novela hacen que un cerebro toque delicadamente a otro cerebro. De hecho, eso es lo que se ha comprobado gracias a un descubrimiento que nos permite imaginar al otro, más allá de lo que nos dicen los sentidos.

En 1996, Iacomo Rizzolatti, investigador de la Universidad de Parma en Italia, descubrió que la empatía, la capacidad de ponerse dentro de la piel de otra persona, estaba relacionada con la activación de las llamadas neuronas espejo. El hallazgo se dio cuando el equipo de Rizzolatti hacía experimentos sobre

el funcionamiento del cerebro en los monos. Se trataba de registrar la actividad de las neuronas motoras, relacionadas con el movimiento del cuerpo. Para ello les colocaron a los monos unos cacahuates. Cada vez que un mono tomaba un cacahuate, se encendían las células cerebrales motoras.

Un día, por accidente, se abrió una nueva perspectiva sobre el funcionamiento neuronal. Un mono estaba sentado muy quietecito cuando entró un científico al laboratorio. De manera distraída, el doctor tomó un cacahuate como si fuera botana y entonces ocurrió algo sorprendente: aunque el mono no se había movido, se encendieron sus neuronas motoras. Esto es algo así como cuando se nos hace agua la boca simplemente por mirar desde lejos nuestro platillo favorito: lo saboreamos sólo de verlo.

Lo que se encontró es que el acto de ver estaba conectado con la experiencia cerebral que el mono tenía cuando agarraba un cacahuate. Por ello, algunos científicos hablan de neuronas "monos ven, monos hacen". Sin embargo, el término común con el que se les denomina es neuronas espejo, ya que el cerebro parece reflejar el movimiento que ve.

Es por eso, explican los expertos, que cuando vamos al cine vale la pena retirar por unos instantes la vista de la pantalla para apreciar lo que está pasando en los espectadores. Están besando a Antonio Banderas o a Penélope Cruz. Están activadas las neuronas espejo. Casi parece que somos nosotros los que estamos viviendo la escena romántica. El neurocientífico Daniel Glaser sugiere que los actores son expertos en activar las neuronas espejo.

De acuerdo con el profesor Marco Iacoboni, de la Universidad de California en Los Ángeles, estas neuronas no solamente se conectan con las acciones de otras personas sino también con sus sentimientos. Iacoboni hizo una serie de experimentos para tratar de ver cómo se vinculan el sistema emocional y el sistema motriz. Mediante un escáner de imágenes de resonancia magnética, registró la parte del cerebro que se activa cuando se ve, por ejemplo, un rostro feliz. Encontró que ésta es exactamente la misma zona que se estimula cuando se imita ese gesto. Lo interesante es que las neuronas se activan incluso cuando no se ve la acción, cuando tan sólo hay una representación mental.

Iacoboni planteó que las neuronas espejo envían mensajes al sistema límbico o emocional en nuestros cerebros. Tal vez ese es el mecanismo por medio del cual nos conectamos con los sentimientos de otros individuos, con la capacidad de vivir —de alguna manera— cómo se siente estar en la mente y el cuerpo de otra persona.

Creo que todos hemos experimentado, en alguna medida, la pena de ver a un niño sobre el escenario que olvida el verso que tenía que recitar. Esto sucede frente a sus amigos y familiares que lo observan atentamente en el auditorio de la escuela. El niño sufre tratando en vano de encontrar las palabras perdidas. Nosotros sufrimos por igual. No sabemos dónde mirar. Nuestra piel se ruboriza. Esta experiencia empática es tan común que incluso existe un término para nombrarla. Hay quienes le llaman sentir *Mu*.

La capacidad de identificarnos con otros tiene también facetas que nos abren nuevos mundos, que enriquecen la capacidad de aprendizaje. El doctor V.S. Ramachandran, profesor de neurociencia y director del Centro de Estudios del Cerebro y Cognición en la Universidad de California en San Diego, refiere que lo que nos hace únicos como seres humanos es nuestra evolución cultural que se basa en observar cómo hacen las cosas nuestros maestros. Esto implica tener empatía con su capacidad imaginativa. A través de procesos de

imitación nos ahorramos tiempo al percibir otras formas de vida y de conocimiento que se incorporan en nuestras habilidades de aprendizaje.

El doctor Ramachandran señala que el descubrimiento de las neuronas espejo es "la noticia más importante que no se ha reportado (o publicitado) lo suficiente". El investigador valora así este hallazgo:

> *Considero que las neuronas espejo serán para la psicología lo que el ADN fue para la biología: proporcionarán un marco unificado que ayudará a explicar una serie de capacidades mentales que hasta la fecha han permanecido misteriosas e inaccesibles para los investigadores.*

Estas neuronas permiten captar la intención del otro aunque aparentemente esté protegida en la caja fuerte del cerebro del prójimo. Ramachandran dice que los seres humanos somos llamados los primates maquiavélicos por nuestra capacidad de "leer las mentes", de predecir el comportamiento de otros y así vencerlos.

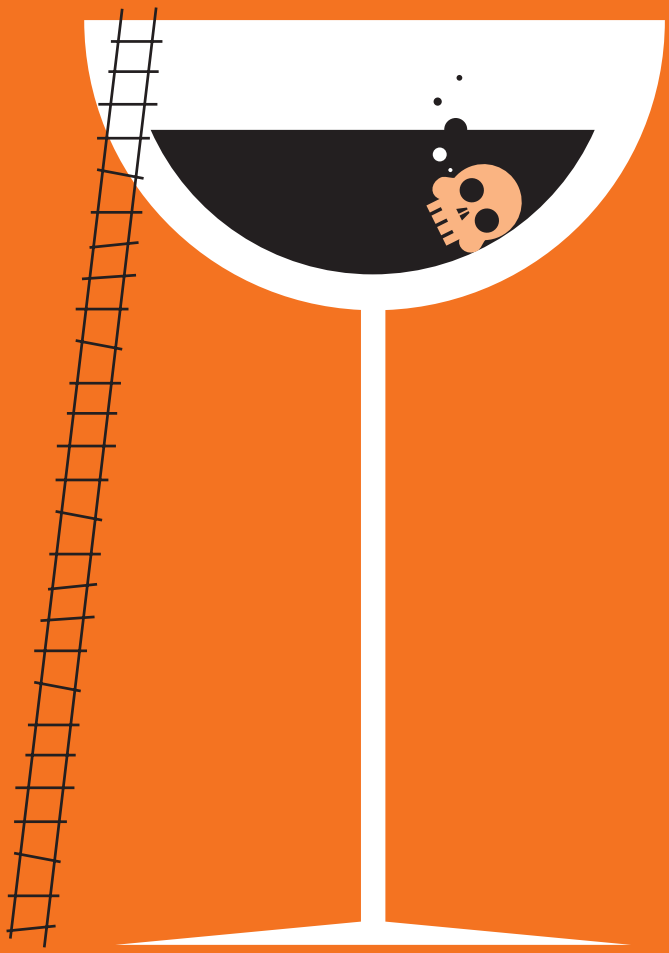
Sin embargo, esta lectura no sólo se da con intenciones manipuladoras, también ocurre mediante el fenómeno de la empatía que nos permite ver el mundo desde el punto de vista de la otra persona. Esto es lo que desde siempre nos propone el desarrollo artístico: ahonda la sensibilidad para ver con los ojos del otro. Mediante una buena novela vivimos el mundo desde la mirada de los personajes que habitamos. Precisamente un gran novelista, Isaac Bashevis Singer (Premio Nobel de Literatura 1978), registra una misteriosa zona de empatía en uno de los personajes que nutrió su obra. La primera mujer que amó en la vida le confesó que tenía un extraño don. Bashevis Singer lo reporta así en el libro *Amor y exilio*. Habla ella:

> *Me basta con mirar a una persona para saber todos sus secretos. Créeme que no estoy alardeando, y que tampoco es un rasgo favorable; de hecho, se trata de una tragedia. Dios cubrió el cerebro con un cráneo*

> *para que los demás no mirasen dentro de él. ¿Cómo se puede vivir sabiendo lo que el otro piensa?*

Lo cierto es que sucede. Las neuronas espejo nos permiten imaginar lo que imagina el otro y esto va más allá de la tragedia de la intromisión. Enriquece nuestro registro del mundo, también posibilita la comunión.

Pensamiento colectivo y azar



Otra manera de ir más allá de nosotros mismos y de abrir las puertas de la imaginación consiste en convocar el poder de lo inesperado mediante el juego y la poesía. Se integran imágenes impensables. En el libro *La revuelta surrealista*, Yaki Setton describe los juegos de esta corriente artística mediante los cuales se intentaba generar creaciones colectivas gobernadas por el azar. Setton describe el procedimiento llamado "cadáver exquisito" y explica cómo surgió este término:

> *Los participantes (seis o siete) se sientan alrededor de una mesa. El primero toma un papel y escribe una frase, luego lo pliega, dejando ver la última palabra. El segundo participante escribe otra frase a partir de la palabra que el jugador anterior había dejado descubierta, y así sucesivamente hasta terminar la ronda. Si se desea se puede repetir la operación cuantas veces se quiera. Terminadas las vueltas, se desdobla el papel y se lee lo escrito. La primera vez que los surrealistas jugaron este juego obtuvieron la siguiente frase: "El cadáver —exquisito— beberá —el vino nuevo". De ahí el origen del nombre del juego.*

Los escritores que se congregaban en torno a este juego —en un principio, Robert Desnos, Paul Éluard, André Breton y Tristan Tzara— sostenían que la creación, especialmente la poética, podía ser grupal, anónima, aleatoria, espontánea y automática. De acuerdo con Breton, en el fondo de esta propuesta estaba la certeza de que, para bien o para mal, representaba algo imposible de hacer con el trabajo de una sola mente.

Un "cadáver exquisito" es una máquina de hallazgos compartidos. Se puede jugar en términos literarios pero también a través de la plástica: varios artistas dibujan las distintas partes de una figura sin ver lo que el anterior ha realizado, únicamente se pasan el papel doblado. Se trata así de convocar imágenes latentes en el espíritu colectivo.

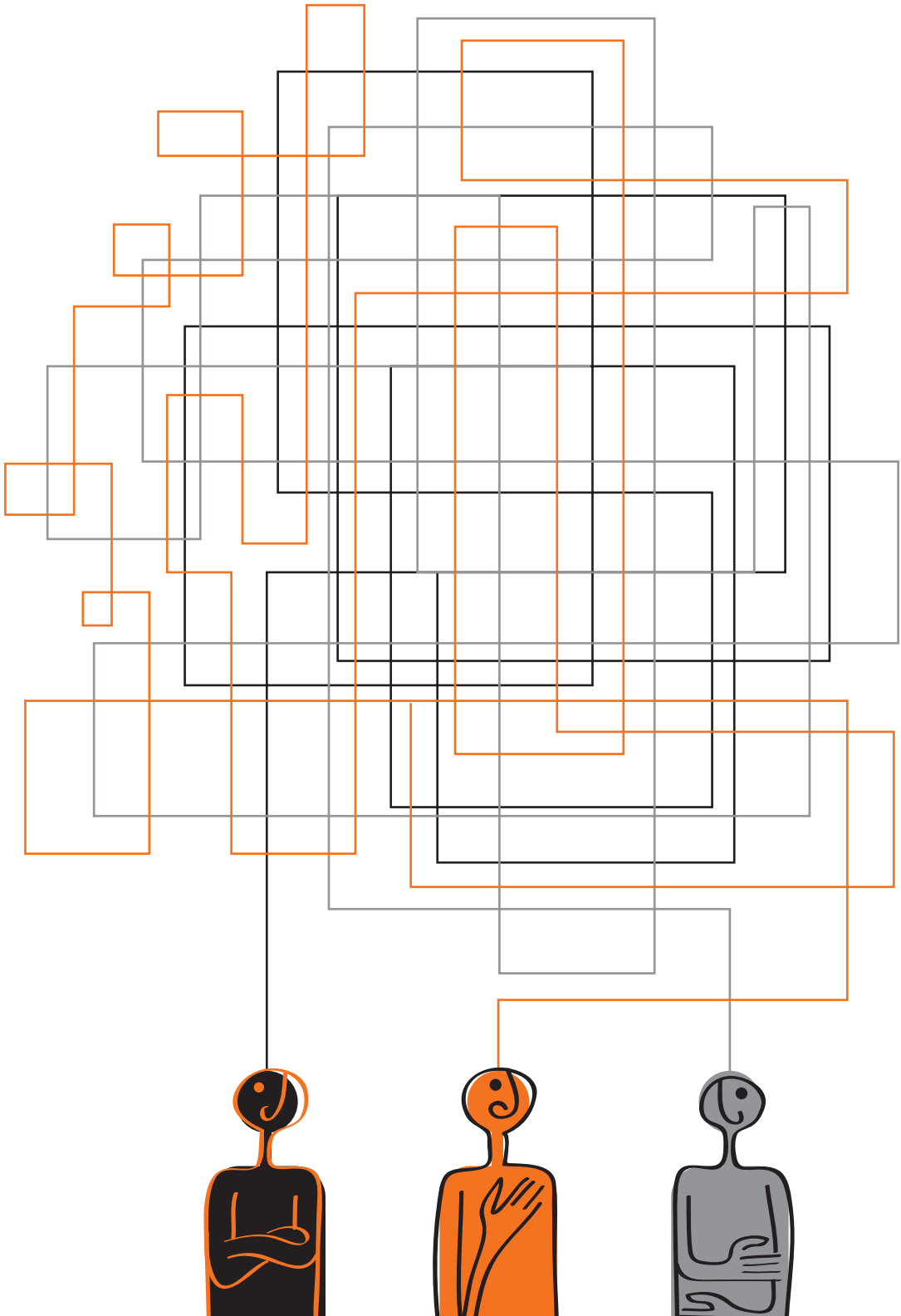
Octavio Paz, marcado profundamente en su poética por el movimiento surrealista, advierte los riesgos y posibilidades del "cadáver exquisito":

> *Cualquiera que haya practicado el juego del "cadáver exquisito", el de las cartas rusas o algún otro que entrañe la participación de un grupo de personas en la elaboración de una frase o de un poema, podrá darse cuenta de los riesgos: las fronteras entre la comunión poética y el simple pasatiempo mundano son muy tenues. Pero si, gracias a la intervención de ese magnetismo o poesía objetiva que obliga a rimar una cosa con otra, se logra realmente la comunicación poética y se establece una corriente de simpatía creadora entre los participantes, los resultados son sorprendentes: lo inesperado brota como un pez o un chorro de agua. Lo más extraño es que esta súbita irrupción parece natural y, más que nada, fatal, necesaria.*

Las palabras se enlazan en un juego de coincidencias, de ecos y resonancias, llamadas y respuestas. Nicolas Calas —vanguardista suizo— sostenía que un "cadáver exquisito" tiene la facultad de revelar la realidad inconsciente del grupo que lo ha creado, los aspectos no verbalizados de la angustia y el deseo de sus miembros, las dinámicas de sus posiciones afectivas. Max Ernst observó que el juego funciona como una especie de barómetro de los contagios intelectuales dentro de un círculo de creadores.

De hecho, algunos autores han aprovechado la compenetración que tienen entre sí para generar una variante del "cadáver exquisito", el "cadáver gemelo" o "jimagua", con el que son capaces de escribir a medias. Éste es el caso de la colaboración entre Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, que escribían con el seudónimo común de H. Bustos Domecq.

Otra mutación del juego es escribir al alimón, hacer un "cadáver" con los ojos abiertos; con las cartas a la vista cada quien agrega un párrafo. Éste es el caso del "Discurso al alimón sobre Rubén Darío" que escribieron Federico García Lorca y Pablo Neruda en 1934. Otro ejemplo del juego al alimón se dio en algunas de las canciones creadas por John Lennon y Paul McCartney. Es difícil determinar dónde comienzan y terminan las frases verbales y musicales de cada quien. En otros casos, llamados "cadáveres oportunistas", de plano



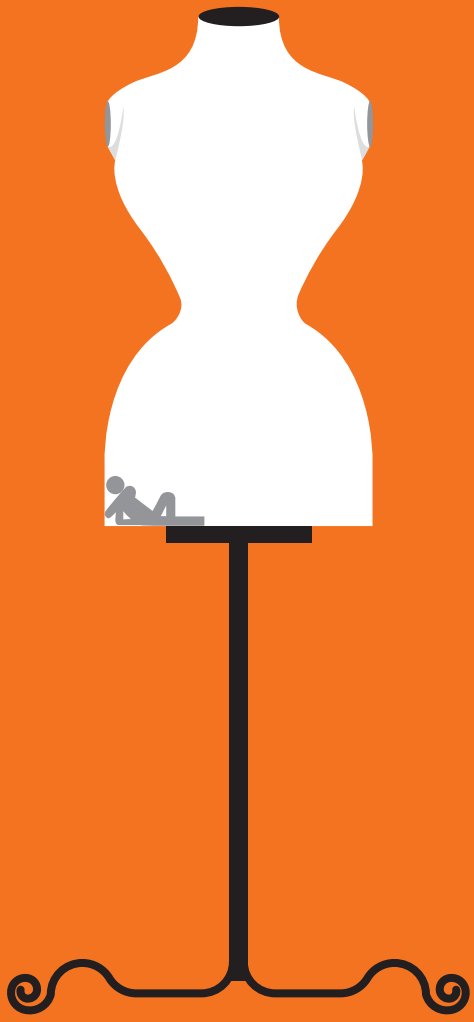
uno de los autores le pide al otro que le termine la idea, que ya no sabe cómo rematar. Pablo Neruda cuenta que Manuel Altolaguirre a veces le decía: "Escríbeme este verso final que no me sale".

En este marco, vale la pena mencionar una novela, *El turno del escriba*, de Graciela Montes y Ema Wolf, escrita a cuatro manos. Wolf habla así de este proceso que invita a lo inesperado: "La condición para poder escribir a cuatro manos fue saber que la curiosidad de la otra persona era semejante. Porque avanzamos siempre a punta de curiosidad".

Guiados también por la curiosidad realizamos, junto con seis amigos, un ejercicio llamado "cadáver ciego". Cada quien escribió una línea, sin tener ninguna pista de por dónde iríamos, sin conocer una sola palabra de las palabras de los demás. El resultado nos sorprendió porque en esa sesión nunca hablamos del tema que surgió con recurrencia en nuestro poema colectivo:

> *Me asomo a las miríadas de miradas,*
> *te tomo de la mano, te miro a los ojos,*
> *no me dejes nunca.*
> *Te acercas a mí, como un río del que vas a beber,*
> *eres lo que haces.*
> *Quiero volver, volver,*
> *el retorno a los mares silenciosos:*
> *el tiempo es un punto inamovible al borde de los ojos.*

Ojos bien abiertos: ficción y realidad



El desarrollo de la plena atención también convoca a la imaginación, pero el problema es, como decía Erich Fromm, que de noche nos la pasamos medio despiertos y de día medio dormidos. Sin embargo, tenemos referentes de miradas despiertas que nos hacen apreciar lo que no se puede ver. Éste es el caso de Julio Cortázar. La clave de esos ojos, dice Carlos Fuentes, es que adoraba todo lo que le enseñara a ver, todo "lo que le auxiliara a llenar los pozos claros de esa mirada de gato sagrado, desesperado por ver, simplemente porque su mirada era muy grande".

Desde la infancia, los alargados ojos verdes de Julio Cortázar notaban la recurrencia de encuentros casuales con ciertos amigos. Cortázar apreciaba un orden secreto en esas apariciones azarosas. Lo que en verdad le sorprendía era que sus compañeros no vieran lo que a él le parecía tan obvio. Para Cortázar, esas experiencias, que según cuenta le sucedieron toda la vida, eran algo más que lo que algunos teóricos llamarían "pura casualidad".

Lo cierto es que las simetrías de estos encuentros provocan por lo menos el asombro ante las coincidencias. Para Cortázar, la expresión "casualidad" era una palabrita sospechosa. Al respecto de las coincidencias decía: "Para mí estos hechos son signos, indicios de un sistema de leyes exterior que se puede percibir y sobre todo vivir".

Así, resulta que los encuentros amorosos casuales, dictados por la brújula del azar, que aparecen en la novela *Rayuela* no sólo ocurren en la imaginación. Cortázar dio testimonio de ello a Ernesto González Bermejo. Le cuenta una historia que nos remite a la Maga, esa entrañable mujer de los encuentros inesperados. ¿Qué fue primero, la literatura o la realidad?

Cortázar dice que conoció a una mujer con la que inmediatamente sintió una gran afinidad. Todo fue platónico porque estaban separados geográficamente. Un día, ella le escribe una carta para decirle que estará en París, que ojalá pueda verla. Cortázar desea el encuentro pero está a punto de salir de viaje

por tres meses y no soporta la perspectiva de la separación inmediata. Entonces manda una carta. Tal vez a su retorno se puedan encontrar.

Esa noche Julio tiene una cita con un amigo. Para no llegar demasiado temprano, hace tiempo, vaga por la ciudad. En una esquina sombría del Quartier Latin se cruza con una mujer. Así lo describe Cortázar:

> *No sé por qué nos volvimos, nos miramos, y era ella. París tiene unos nueve millones de habitantes, esa mujer había mandado su carta sin saber si yo estaba aquí; si la recibiría o no, mi carta de respuesta debía llegarle al otro día; el domicilio de ella quedaba muy lejos del mío.*
>
> *Matemáticamente analizado, yo creo que esto no se puede defender con leyes aristotélicas. Hay una serie de combinaciones que nos llevaron a los dos a caminar en esa dirección y a cruzarnos precisamente en ese punto que, para mayores datos, era una esquina donde sucede un episodio muy importante de una novela mía. Incluso, el lugar de ese encuentro increíble formaba parte de una constelación que escapa a toda racionalidad.*

La literatura y el arte tienen una disposición abierta a una imaginación que nos rebasa. Los vasos comunicantes entre ficción y realidad nos descubren historias inconcebibles que nos llenan de asombro. En una conversación que tuve con Joan Manuel Serrat le pregunté sobre la forma en que se entremezclan las canciones con la realidad. Hay que recordar que Serrat piensa que todos tenemos canciones que nos conmueven por lo que está unido a ellas: "El hilo que se va soltando es tu propia vida", dice el cantautor catalán. Para muchos de sus admiradores una de esas melodías fue "De cartón piedra", una pieza en donde Serrat describe a un hombre que se enamora de un maniquí y termina internado en un hospital psiquiátrico.

Para sorpresa de Serrat, en el año 2003 se encontró con una historia similar a la que imaginó en la canción que compuso en 1979. Con una expresión pícara —mezcla de complicidad y sorpresa— me cuenta:

En Hermosillo, me encontré a un amigo que me enseñó un periódico con una noticia que me iba a interesar: se trataba de un personaje indigente que había vivido una serie de años al pie de una casa de modas en la que había un maniquí. El tipo aquel respondía perfectamente al personaje que imaginé en la canción "De cartón piedra". Cuando derriban esa casa de vestidos de novia en Hermosillo (para hacer un supermercado), el hombre enloquece y tiene que entrar a un centro psiquiátrico, algo que me sorprendió, porque tal como están las cosas, que a un indigente le den atención en un psiquiátrico me parece muy reconfortante. De vez en cuando ocurren estas cosas.

Para que el hombre se encontrara mejor, a los médicos se les ocurrió —como parte del tratamiento— llevarle el maniquí. El hombre se sintió mucho mejor, dejó de sufrir. Éste es un personaje que hace veintitantos años yo había retratado, más o menos, en una canción. Aquí uno no inventa nada… ni a los inventores.

Como diría hoy Serrat en otra canción: "Es caprichoso el azar". Lo que no dijo Serrat es que tal vez los médicos en Hermosillo mostraron tal compasión porque "De cartón piedra" estaba en su memoria; no podemos descartar esa posibilidad que nos hablaría de otra vuelta de tuerca entre ficción y realidad.

Lecturas imaginantes en el siglo XXI

En uno de los libros más antiguos que registra la historia aparece un personaje fascinante: un mono que puede hablar y escribir. Es además un mono que puede volar y cruzar los océanos. Cuando el poeta Octavio Paz leyó ese relato, escribió un hermoso ensayo sobre este mono que era un símbolo de la condición humana, el mono gramático: el mono que lee lo que pasa a su alrededor, el mono imaginante.

En la leyenda ancestral le hicieron una promesa a ese mono: vivirá por siempre cada vez que un lector abra las páginas del libro y se encuentre con él. Lo interesante es que ese personaje es el mismo lector que, así, descubre y redescubre los misterios del asombro ante el mundo que lo rodea. Es un lector más que se suma a la larga cadena de memoria y de imaginación que se encuentra en los libros.

Por eso es apasionante la lectura. Nos revela la sonrisa de la inteligencia y la belleza. Se abren nuestras posibilidades. El mono gramático vuela.

En pleno siglo XXI continúa esta promesa en formas inesperadas. Cuando leemos novelas, cuando nos contamos relatos en el cine, en el teatro, en la televisión, en la ciencia, en las redes sociales de internet, en una plática entre amigos, estamos leyendo el mundo, estamos abriendo nuestra mirada, nuestras capacidades críticas y creativas. Esto se vuelve esencial ya que detrás de las múltiples crisis que vivimos subyace la crisis de la imaginación. En este sentido, el impulso a la lectura es el impulso a nuestra capacidad de transformación. Por eso la lectura no se debe detener en el libro. Octavio Paz, identificado con la propuesta del surrealismo que marcó su mirada, proponía que la poesía debía escapar de los límites de las páginas de los libros para encarnar en la vida cotidiana.

En el terreno del cine, Woody Allen nos enseñó en la película *La rosa púrpura del Cairo* que el protagonista se podía escapar de la pantalla para tocar a personajes de la vida real.

Esto es justamente lo que quisimos hacer en un proyecto de Televisa con un grupo muy talentoso de jóvenes creadores, para tratar de rasgar la pantalla de la televisión y crear lo inesperado. Nuestro propósito era escapar de los formatos comunes que por lo general ofrece la televisión. Hicimos esto para abrir un espacio de cierto silencio, para crear lo que podríamos llamar una pausa para el pensamiento, una "pausa para la imaginación".

De esta manera, realizamos una serie de cápsulas de un minuto, transmitidas en televisión abierta, que hicieran resonar la belleza y la ruptura de las fronteras que caracteriza a los grandes imaginantes de nuestros tiempos, con la inteligencia y la sensibilidad que todos compartimos, que a todos nos pertenece.

Tratábamos de capturar los más asombrosos saltos del pensamiento. Así, por ejemplo, pudimos ver la elasticidad de la mente de Luis Buñuel y Carlos Fuentes. Este ejercicio prodigiosamente animado, lo describimos así:

> *Hay que verlos con el ojo de la imaginación, casi en color sepia. De esta manera, podemos asomarnos a una de las muchas conversaciones que sostuvieron Carlos Fuentes y Luis Buñuel. El cine, decía Fuentes, era para Buñuel el vehículo privilegiado de la poesía: "Un ojo que estalla en llamas y nos revela paisajes insospechados de la libertad humana". ¿Cómo se pueden sostener estas visiones cuando el cine depende de tantos intereses comerciales y de una tecnología que hace que muy pronto se vean viejas las películas? ¿Cómo se puede armonizar la libertad con la tecnología en el cine?, le pregunta Fuentes a Buñuel. El cineasta le responde con un guiño: "La cumbre de la realización cinematográfica será alcanzada cuando usted o yo podamos tomar una píldora, apagar las luces, sentarnos frente a una pared desnuda y proyectar sobre ella, directamente desde nuestra mirada, la película que pase por nuestras cabezas". Esto nos narra Carlos Fuentes en el libro* Viendo visiones *que hoy nos permite ver en plena acción a dos grandes imaginantes de nuestra cultura.*

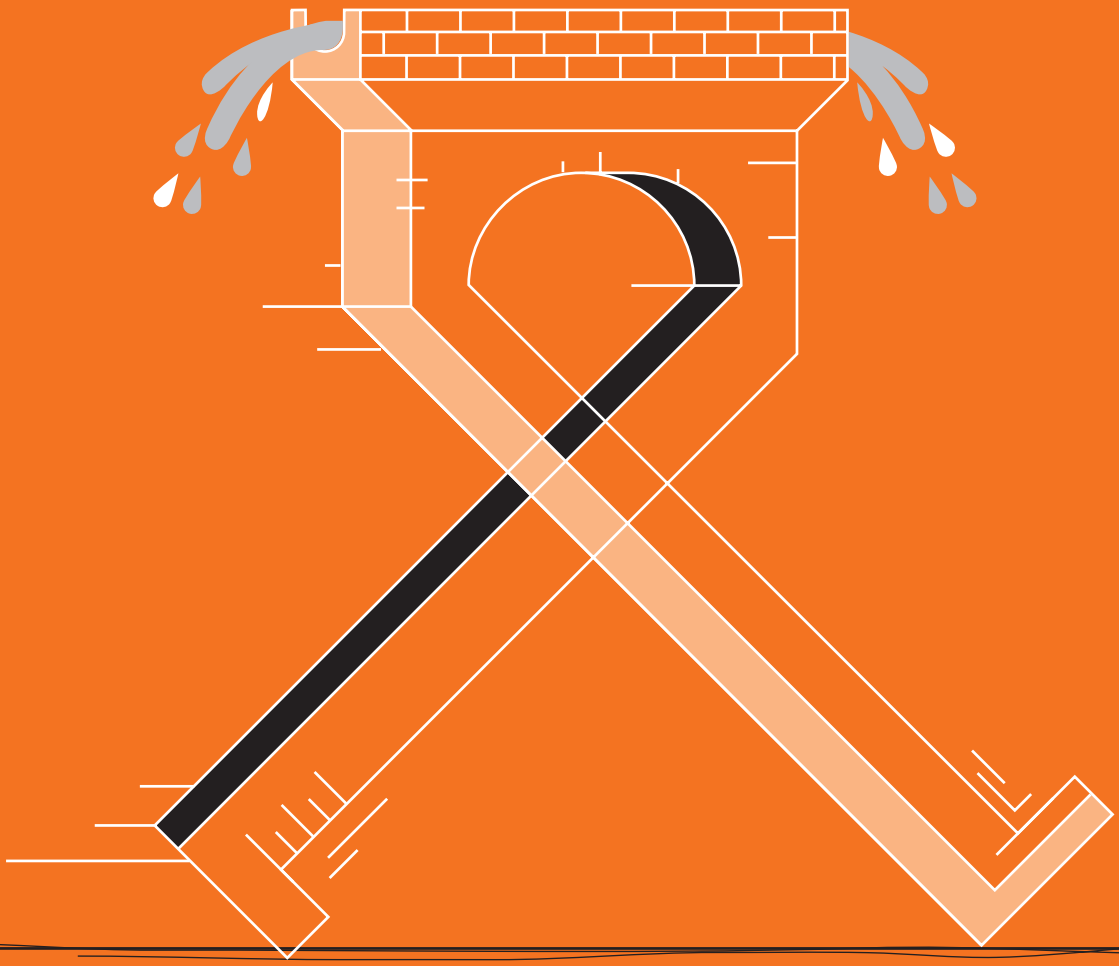
Nuestra definición de los imaginantes quedó perfilada así: “Son aquellos que ven lo que no se puede ver, saltan los límites del pensamiento. Son novelistas, científicos, creadores y artistas plásticos que despiertan nuestra capacidad de asombro y nos recuerdan que nuestra especie, todos nosotros, somos imaginantes”.

Efectivamente, eso es lo que sucede: cuando imaginamos —cuando nos imaginamos— vemos una luz en los ojos de la persona que está frente a nosotros. Este momento es invisible y sin embargo es real. El acto de la imaginación nos permite ver el instante en que se le enciende al otro el foco de la belleza y la sonrisa interna. Se supone que eso no se puede ver. No obstante, somos cómplices, sabemos lo que realmente está ocurriendo.

Así, exploramos esos instantes en una galería de creadores y pensadores que van desde Octavio Paz hasta Jorge Luis Borges, desde Julio Cortázar hasta Arthur Koestler.

Establecemos contacto con una imaginación que es parte de nuestro inventario, es parte de nuestra identidad. Ésa es la razón por la que respetamos y valoramos a los grandes creadores: tienen la capacidad de articular los sueños de la tribu.

El contagio de la imaginación



Cuando nos abrimos a la imaginación del otro, se genera el contagio de la creatividad. En una de las cápsulas de *Imaginantes* registramos cómo se lleva a cabo este proceso:

> *La escena sucede en Europa a finales del siglo XIX. Un grupo de alumnos sale con frecuencia de día de campo. En una de esas ocasiones, aparece durante el paseo la estampa de un acueducto romano; el maestro explica los orígenes y el funcionamiento de esa estructura. Un muchacho de once años saca un cuaderno de dibujos que siempre lleva consigo. Observa los arcos. Traza un bosquejo del acueducto y le dibuja unos zapatos a los pilares. "A partir de ese día, todos los acueductos han caminado; no verá usted un acueducto que no camine", dice el escritor George Steiner en el libro* Los logócratas, *a propósito del contagio de la imaginación que genera el arte de ese muchacho que se llamaba Paul Klee.*

La imagen es tan poderosa que seguramente hará que la próxima vez que nos topemos con un acueducto, lo veremos ya con zapatos en las columnas que lo hacen caminar.

La creatividad es contagiosa. Lo interesante es que esto es exactamente lo que ocurrió en una escuela justamente con las cápsulas de *Imaginantes*. Todo empezó con un correo electrónico de Luisa María Vázquez, una maestra de secundaria que al ver las cápsulas en la televisión me escribió para decirme: "Yo también soy imaginante". Me contó que estas piezas de videoarte la habían llevado de nuevo a ese sentimiento de felicidad que tenía a los veinte años, cuando descubría los nuevos horizontes que le abría la lectura. Me refiero a "leer" en el sentido más amplio de la palabra, porque estamos hablando de libros, de cine o de cualquier expresión que puede ampliar nuestra mirada. Al refrescar esta sensación decidió iniciar con sus alumnos un Taller de Imaginantes. Había ocurrido lo inesperado: los imaginantes saltaban de la pantalla al salón de clases.

La profesora Luisa María me cuenta cómo en medio de las batallas burocráticas lograron acondicionar un salón como biblioteca. Ahí, en una sábana que sirve como pantalla, proyectan desde una computadora portátil las cápsulas de *Imaginantes*. El contacto con Borges, Octavio Paz, García Márquez, Julio Cortázar, Carlos Fuentes y otros grandes creadores ha despertado el asombro y las ganas de leerlos entre los alumnos. Luisa María me habla de los libros que sus estudiantes han consultado como resultado de este taller: de García Márquez: *Doce cuentos peregrinos*, *Crónica de una muerte anunciada*, *El Coronel no tiene quien le escriba*; se aprenden de memoria el poema "La luna", de Jaime Sabines; se acercan especialmente al libro *El hombre ilustrado*, de Ray Bradbury. Afuera de la escuela, situada en la delegación Iztacalco, en la Ciudad de México, predomina el grafiti, los tatuajes de las paredes tienen una fuerte carga de dolor. Los muchachos nos dicen que entienden muy bien la reflexión de la cápsula televisiva sobre este autor: todos tenemos tatuajes invisibles que se esconden en nuestro cuerpo.

Luisa María me invita a visitar el Taller de Imaginantes. Los estudiantes me cuentan sus experiencias. Sus miradas están encendidas. Han descubierto los mundos que abre el arte. Al ver su emoción, recuerdo lo que planteaba el poeta Luis Rius: "No podemos vivir como si la belleza no existiera". Los muchachos me dicen que encuentran un aliciente para saber más: "Es una puertita para abrir lo que el libro nos puede enseñar". Les comento que se dice que quien no conoce la historia está condenado a repetirla. A eso, añado: quien no conoce los libros, quien no conoce las novelas, también podría estar condenado a repetir las historias pequeñitas que vivimos todos los días. Los alumnos y alumnas asienten.

Un muchacho que se llama Cornelio levanta la mano. Me dice que a él le interesó especialmente una cápsula sobre Haruki Murakami, la reflexión sobre un cuento de este escritor japonés en el que describe a una pareja que deja pasar la oportunidad del amor por falta de imaginación. Cornelio dice con candidez que a él le quedó el saco. Vence su timidez. Saca una carta. Empieza

a leer. Está dirigida a una amiga que no está presente en la biblioteca. Le cuenta que vio una cápsula sobre Murakami en donde un amor fracasa por falta de palabras. Cornelio escribe: "No quiero que me pase lo mismo que al de la historia. No quiero que eso ocurra". Se oye un aplauso cerrado. Le pregunto cuál fue el desenlace. Cornelio me dice que todavía no le ha dado la carta a su amiga. Todos reímos con solidaridad. La charla es sabrosa. Dura más de dos horas. La participación de los estudiantes es activa y alegre. Salimos del salón totalmente conmovidos.

El hallazgo de la lectura transformó una historia. Abrió un nuevo capítulo que, parafraseando a Gabriel García Márquez, podríamos llamar: "El Cornelio ya tiene quien le escriba".

El Efecto Imaginante

Un pequeño cambio puede inclinar la vida hacia otra dirección. De hecho, con cualquier cambio pequeñito uno no estaría aquí. ¿Qué hubiera pasado si nuestro abuelo decide no ir a esa reunión donde conocería a la mujer de su destino? ¿Qué hubiera pasado si algún bisabuelo adolescente de pronto tiene la idea de un viaje que lo lleva a otra historia?

En el lenguaje poético se dice que nadie puede cortar una flor sin perturbar una estrella. Hoy en día, la ciencia ha descubierto que detrás de la fachada del caos existe un orden más profundo en donde todo está comunicado y entrelazado. Al hacer estudios sobre los cambios atmosféricos, la ciencia descubrió el Efecto Mariposa: el simple aleteo de una mariposa puede desencadenar una tormenta. Se había revelado el poder de lo sutil. Un pequeño cambio en nuestra imaginación también puede tener un efecto poderoso.

"Hay versos que llevamos por dentro que son como rezos, como plegarias, que nos ayudan a sobrevivir", decía el poeta israelí Yehuda Amijai. Por su parte, el escritor Mircea Eliade, al comentar el efecto que puede tener la imaginación en nuestras vidas, señalaba que los libros a veces están más vivos que la gente, "pueden estar cargados de dinamita".

Lo que queda de manifiesto, en ambos casos, es que los relatos nos marcan, nos afectan, se entrometen en nuestras vidas. Uno de los fenómenos más fascinantes al enfrentarnos con un texto es comprobar que a la vez que leemos un libro, éste nos lee, nos abre zonas de nuestra experiencia agazapadas hasta el momento en que las nombramos.

Una muestra de ello la encontramos en el poema "Olvido", de Octavio Paz, que nos da una interesante instrucción:

> *Cierra los ojos y a oscuras piérdete*
> *bajo el follaje rojo de tus párpados.*

En efecto, si hacemos el ejercicio, percibiremos ese follaje rojo que siempre ha estado ahí, a la espera de ser reconocido. Todos podemos ver ese follaje, pero habría que nombrarlo para identificar esa zona de nuestra experiencia compartida. De otra manera, se pierde en la niebla de lo que no puede ser designado. Los relatos nos abren registros más sutiles del mundo, modifican nuestras perspectivas. La exactitud de la experiencia nos lleva a un sentido más profundo de intimidad. Éste es uno de los efectos reconocibles de los relatos, pero las huellas de la imaginación en nuestra memoria no se limitan a lo que llegamos a identificar conscientemente.

Recuerdo que hace unos años me invitaron a dar una conferencia sobre Cortázar. Al revisar sus textos, me llevé una sorpresa. Algunos de los conceptos que consideraba propios, fruto de mi experiencia y de mi historia, estaban enunciados claramente por Cortázar. Los había hecho tan míos, los llevaba tan dentro, que ya ni siquiera sabía de dónde venían. Al examinar los relatos que me marcan, entiendo que hay ciertas narraciones de Isaac Bashevis Singer, ciertos momentos de Jorge Luis Borges, ciertas imágenes de Italo Calvino que he incorporado en mi percepción sin pie de nota bibliográfica. Hay pasajes de libros o películas que entran en nuestro cuerpo y alma sin darnos cuenta, modelan sutilmente lo que consideramos posible en las relaciones interpersonales y en los dramas que vivimos, conforman nuestro sentido de los tiempos muertos, amasan sueños, trazan rutas y destinos alternativos.

Cuando tomamos conciencia de ello, el asombro es indescriptible: estamos marcados por algunos personajes de novela que hemos leído, seguimos secretamente sus pasos, su respiración. Paradójicamente, incluso un personaje de novela puede registrar cómo los personajes de otras obras transforman su vida. Más allá del clásico caso del Quijote —que tanto ha marcado a nuestra literatura—, hay novelas como *Mi querido Mijael*, del escritor Amos Oz, que nos recuerdan cómo la literatura incide hasta en los personajes de ficción. En esa obra se describe el problema que vive una mujer cuando ha dejado de amar a su marido. ¿Cuáles son sus opciones? ¿Madame Bovary? Lo interesante es que

esta mujer ya leyó *Madame Bovary* y no quiere repetir esa historia. Estamos ante la literatura que reconoce el sutil efecto de la literatura. Si esto le pasa a un personaje de novela, ¿qué es lo que nos pasa a los lectores de carne y hueso que leemos libros y novelas?

En verdad es difícil discernir estos efectos en nuestras vidas, no son mensurables. Nadie le puede sacar la raíz cúbica a un soneto. Por eso, al hablar de los relatos que nos marcan, me quedo con las palabras del rabí Nachman de Bratzlav, recogidas por Martin Buber:

> *Por momentos mis palabras penetran como un silencio entre quienes las escuchan. Descansan sin ser notadas, pero operan después como lentas medicinas; por momentos mis palabras, sobre todo al principio, no afectan para nada al hombre a quien se las digo, pero cuando éste se las dice a otro, entran en su corazón con gran profundidad y hacen su trabajo a la perfección.*

Ésta es la historia de la circulación de las historias, de los libros y relatos que pasan de mente en mente y que nos tocan tan hondo que a veces ni siquiera sabemos de dónde vienen, pero el efecto está ahí, como dinamita, como rezo.

Anexo

Para seguir imaginando

En las conferencias que impartimos, muchos maestros se nos acercan y cuentan que utilizan de manera natural las cápsulas de *Imaginantes* para invitar a los niños a descubrir la fascinación por los nuevos mundos que abre la lectura. El contagio de la imaginación nos animó a seguir imaginando. Así, Fundación Televisa, en colaboración con el Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa (ILCE) y la Fundación ÚNETE, desarrolló un proyecto llamado Imaginantes en la Escuela, para que los jóvenes puedan tomar el Taller de Imaginantes en línea, con el propósito de explorar su creatividad, sus propias historias.

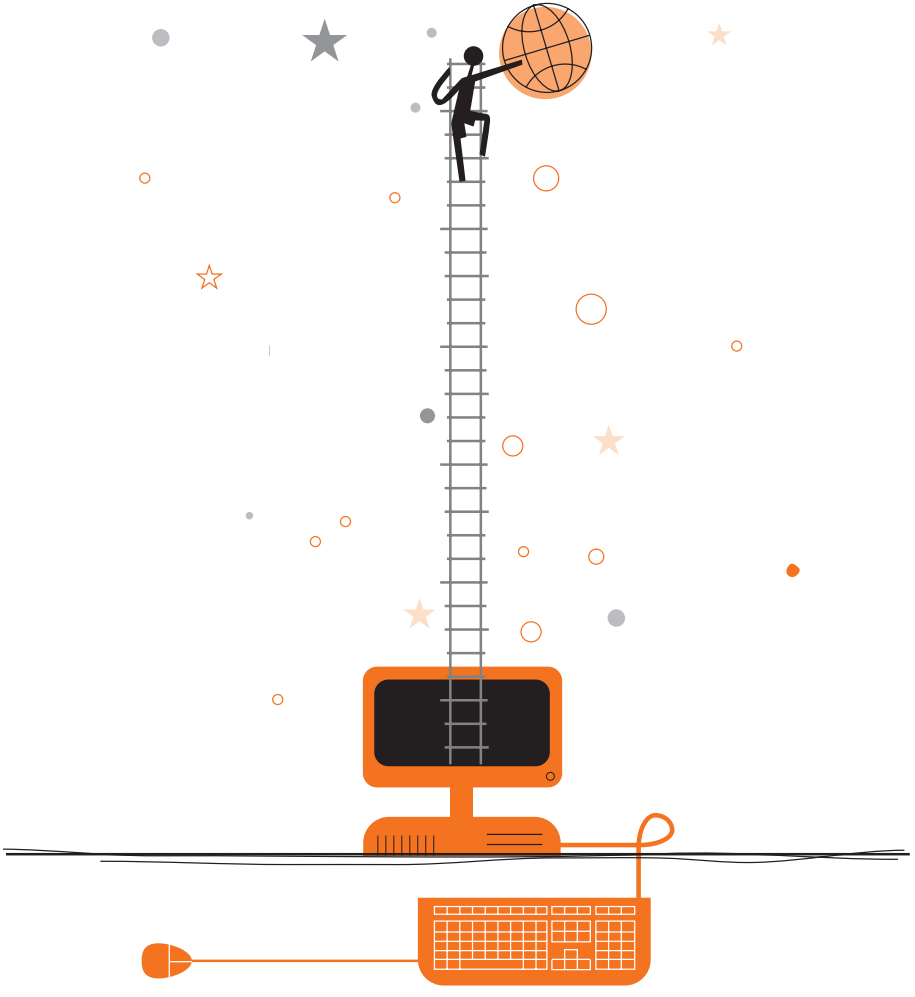
Más de ocho mil estudiantes y doscientas cincuenta y dos escuelas secundarias participaron en el programa piloto. De esta manera, los alumnos aprenden que pueden escribir su propio imaginante y narrarlo en el lenguaje digital de nuestro tiempo. Este ejercicio implica cuatro etapas:

1. Leer para escribir, en donde se identifica a la lectura como la parte inicial del proceso de creación literaria.
2. Leer con música, en la que se incrementan las capacidades de apreciación literaria a partir de la exposición de entornos y atmósferas musicales que acompañan la lectura y le otorgan nuevas dimensiones perceptuales.
3. Leer pinturas en movimiento, en donde se fomenta la percepción y el análisis de imágenes y se capacita a los alumnos en el uso de técnicas simples de animación.
4. Leer y escribir con videos, donde los estudiantes son capacitados en el trabajo con tecnología de video y edición digital para que desarrollen su propia pieza de *Imaginantes*.

Este material está disponible para maestros, mediadores y promotores de lectura en una sección especial de la página electrónica www.imaginalee.org

Al impartir los talleres de Imaginantes en varios estados de la República mexicana, encontramos que los niños y los maestros, al ver las cápsulas, nos

pedían recomendaciones de lecturas. Así, Fundación Televisa e IBBY, una organización de renombre internacional que promueve la cultura de los libros en los jóvenes, han elaborado en internet la página ImaginaLee como un espacio que invita a encontrarnos con lecturas que encienden la imaginación. Se compone de videos, fragmentos de novelas, cuentos y recomendaciones de libros, películas e historietas que canalizan el deseo de ampliar los conocimientos descubiertos. Mediante *blogs*, preguntas provocadoras, juegos creativos y la descarga



de imágenes sorprendentes se trata de que circulen ideas que generan una comunidad de imaginantes. Además, los maestros tienen un espacio en la página que contiene valiosos materiales, metodologías y herramientas para impulsar la formación de lectores.

Como un detonador de la imaginación creativa también vale la pena subrayar el Programa Alas y Raíces de Conaculta: www.a.gob.mx. El elemento medular de este hermoso sitio es el juego como vehículo hacia la creación, dirigido a niñas y niños de ocho a doce años de edad. Sus contenidos son desarrollados por escritores, ilustradores, bailarines, actores, músicos, artistas plásticos, visuales y de multimedia.

El sitio www.arlab.gob.mx es la plataforma web de Alas y Raíces dirigida a jóvenes. Está orientado a la experimentación con el arte en convergencia con lo social, la identidad, la cultura digital y la tecnología. Es un punto de encuentro, un laboratorio abierto y en continuo movimiento donde se suman diversas disciplinas, esfuerzos y colaboraciones. Su estructura es la de una revista digital y sus contenidos son elaborados desde muy distintas trincheras de la creación artística. Como centro tiene una serie de tutoriales en los que artistas exponen su trabajo, sus procesos, su espacio y sus inquietudes.

Por otra parte, a raíz de un proyecto de imaginantes enfocado a los niños, se ha rasgado la pantalla para que esta propuesta vaya más allá de la televisión. En la página electrónica http://ninos.televisa.com/imaginantes/, se desarrollan concursos de dibujo, aplicaciones y juegos que estimulan la creatividad y la curiosidad. Los imaginantes salen a espacios como Papalote Museo del Niño y la Feria Internacional del Libro de Guadalajara para que los niños jueguen a ser los protagonistas de breves relatos y sean videograbados con el escenario de fondo de las animaciones de las cápsulas. Así podrán jugar a ser un conejo y un niño de un cuento de David Grossman o caminarán en medio del río Usumacinta en donde el poeta Carlos Pellicer se convierte en un árbol tropical con la cabeza llena de pájaros.

Bibliografía y referencias

- Aira, César, *El mago*, Barcelona, Mondadori, 2002.
- Bachelard, Gaston, *El aire y los sueños,* México, FCE, 1982.
- Bashevis Singer, Isaac, *Amor y exilio*, Barcelona, Ediciones B, 2002.
- Calvino, Italo, *El barón rampante*, Madrid, Siruela, 1998.
- Cortázar, Julio, *Rayuela*, México, Alfaguara, 2011.
- Fuentes, Carlos, *Personas*, México, Alfaguara, 2012.
- —, *Viendo visiones*, México, FCE, 2003.
- Gordon, José, "TEDTalks. Imaginantes: El contagio de la creatividad en la educación", 2011. En http://www.youtube.com/watch?v=qDs8uY-TuEo
- Grossman, David, *Escribir en la oscuridad*, Barcelona, Debolsillo, 2011.
- *Imaginantes*. Cápsulas televisivas, http://www.fundaciontelevisa.org/imaginantes-2/
- Keret, Etgar, *Extrañando a Kissinger*, México, Sexto Piso, 2009.
- Lynch, David, *Atrapa el pez dorado*, Barcelona, Mondadori, 2008.
- Paz, Octavio, *El mono gramático*, México, Seix Barral, 1974.
- —, *Libertad bajo palabra*, México, FCE, 1981.
- Ramachandran, V.S., *The Tell-Tale Brain: A Neuroscientist's Quest for What Makes Us Human*, Nueva York, W.W. Norton, 2012.
- Setton, Yaki, *La revuelta surrealista*, Buenos Aires, Quirquincho, 1990.
- Steiner, George, *Los logócratas*, México, FCE /Siruela, 2007.
- Zelazny, Roger, *El señor de los sueños*, Madrid, Valdemar, 1992.

Agradecimientos

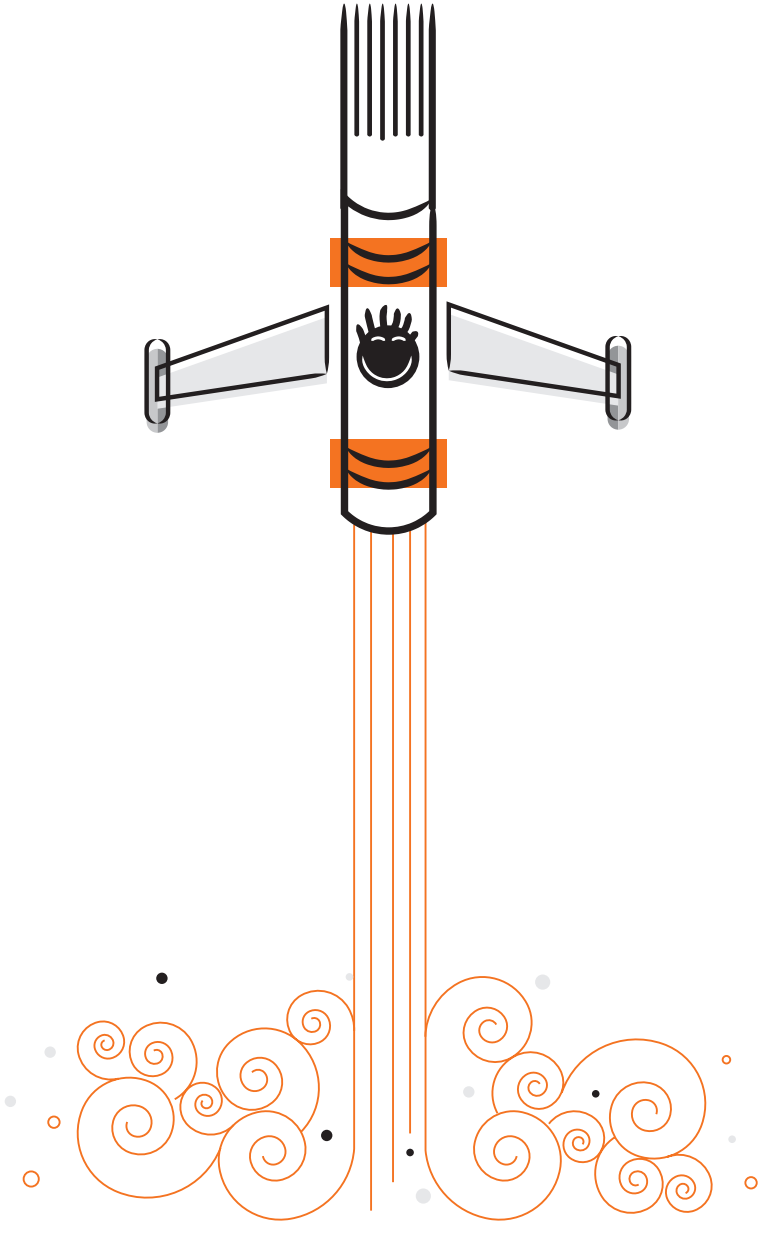
A los creadores del proyecto Imaginantes en Televisa:

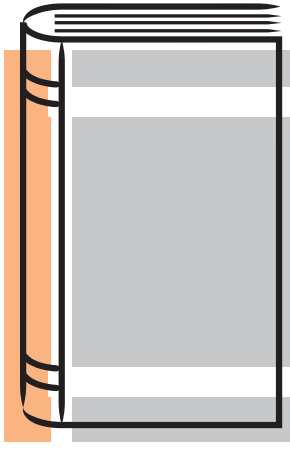
Director del proyecto: Manuel Gilardi
Productora ejecutiva: Alejandra Pastrana Olivier
Directora creativa: Maribel Martínez Galindo
Coordinador de animación y diseño: Luis Cabrera
Coordinador de arte y animación: Francisco Hernández
Productora: Carla Eugenia Gutiérrez

Animadores: Adan de la Cruz, Ana Elena Martínez, Christopher Olvera, Emiliano Topete, Francisco Hernández, Gabriela Badillo, Gerardo Cotera, Heber Ivan García, Homero Ramírez, Jorge Enriquez, Jesús Pérez, Jorge Izaguirre, Koosuke Furuya, Laura Carmona, María Lumbreras, Naive García, Raúl González

Diseño de Audio: Ezequiel Malbergier

Fundación Televisa: Alicia Lebrija, Yolanda Gudiño y Alejandra Menache

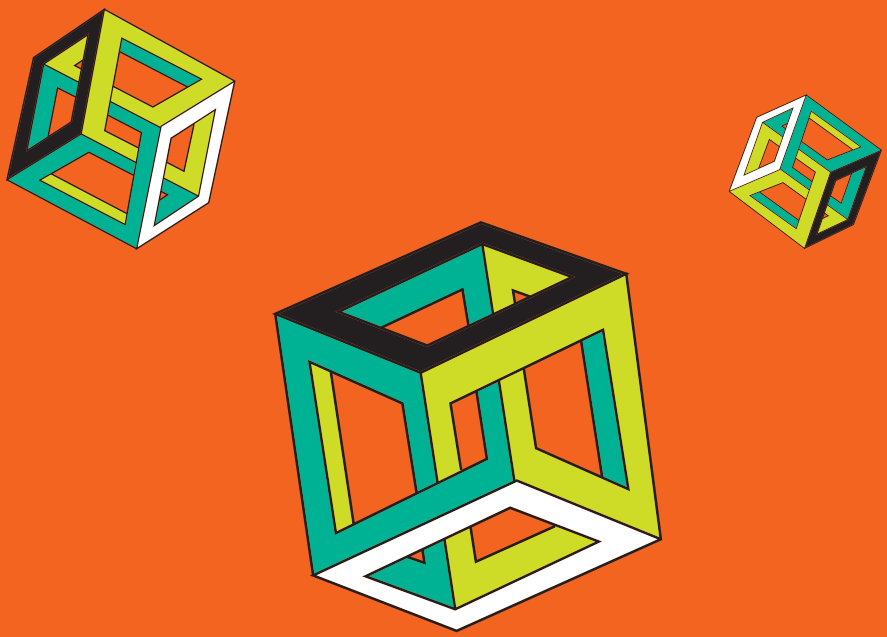




Se terminó de imprimir en la Ciudad de México, en noviembre de 2012, en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan, Iztapalapa, C.P. 09830, México, D.F. Para su composición se utilizaron las familias tipográficas Adobe Garamond Pro y Myriad Pro. El cuidado de edición estuvo a cargo de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. El tiraje consta de 5000 ejemplares.

PARA USO DEL PROGRAMA NACIONAL SALAS DE LECTURA

www.salasdelectura.conaculta.gob.mx



@SalasdeLectura

/SalasdeLectura

9 786075 160917

CONACULTA
GOBIERNO FEDERAL
Salas de Lectura
Dirección General de Publicaciones
SEP
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS